

Filosofías de Locke



No vendrá mal que hablemos un poco de filosofías, aunque sean unas filosofías tan áridas y secas como las de Locke. Con el movimiento casi continuo en que vivimos, con tantos y tantos divertimientos y alegrías en que estamos de continuo metidos, con tanto ir y venir y tanto cambiar de posición y postura nos vamos haciendo un sí es no es frívolos e insustanciales, y vamos perdiendo la seriedad que dicen ser patrimonio de los hombres formales.

Por eso, lector, no nos vendrá mal un rato de charla sobre las filosofías lockianas. Hállase su famoso "Ensayo sobre el entendimiento humano", dividido en cuatro libros, de los cuales el primero estudia las "ideas innatas", que son las únicas que hoy privan y campean, pues todos quieren ser sabios sin estudiar, lo cual supone o da pie a suponer que tengan las ideas por infusión innatista; el segundo trata "de las ideas" a secas, o sea de su origen, lo cual parece inútil si como ya nos dijo antes las tenemos por innatismo; ocúpase en la tercera parte "de las palabras", cerrando el libro con el estudio sobre "el conocimiento".

Mas dejemos esa parte de la filosofía lockiana que poco o nada nos interesa de momento, siquiera podríamos sacar de su lectura algunas reflexiones que tal vez amargasen la boca de no pocos que se han creído que "la miel", es decir las altas especulaciones e ideas filosóficas y científicas no menos que las teológicas, se hicieron para bocas de asnos", es decir para entendimientos si no romos por necesidad de naturaleza, si arromados por "pigricia innata", sin que ello obste para que se metan como "burros en prado verde" por los campos amenos de la ciencia y del discurso causando en él más daños que "la boba coja de Tudela", según expresión gráfica de mi buen amigo Apolonio, el veterano pensador y psicólogo de la Avenida de Recoletos.

Dejemos también a un lado lo que dice sobre la inmortalidad interna y la espiritualidad del alma humana, ya que reconociendo, como reconoce, que la moral y la religión militan en su favor, poco nos importa que después afirme que "nos facultades no peuvent parvenir a une certitude demonstrative sur cet article", pues tal manera de discurrir es la misma seguida por el amigo Kant en su teoría del "imperativo categórico" de la existencia de Dios.

Y todo eso dejado a un lado vengamos a sus tesis morales, que son las que de momento nos interesan.

Propiamente hablando no debe buscarse en Locke un sistema moral completo y sistematizado, por la sencilla razón de que no lo tiene. Si hemos sin embargo de juzgar por las ideas e indicaciones que acá y allá encontramos en sus obras, perdidas en el farrago de páginas y más páginas, y sobre todo en su "Cristianismo razonable" título que huele a herejía desde cien leguas, bien podemos asegurar que su moral está en correlación íntima con sus opiniones sensualistas.

Para Locke "no existe el orden moral "necesario", imitable y obligatorio por su misma naturaleza. Y no existe un tal orden moral por que el bien y el mal, la virtud y el vicio son ideas y palabras convencionales que varían al compás de las leyes y circunstancias, y que dependen en su mayor parte de la opinión pública. "De modo y manera" como dicen en mi tierra, que si en un país se estilase la poligamia y la poliandria y el adulterio y el escándalo, como sucede en la cinelandia, nadie podría acusar a sus moradores de inmorales, pues allí eso es lo que se "estila". Ni tendremos por qué culpar a nuestra juventud de sus descarrios y desórdenes morales, echándoles en cara su inmoralidad, pues sus acciones son tan buenas como las

de cualquier santo desde el momento que en su esfera social tales acciones son las del "comum" y no de confesores, ni menos de vírgenes. Con tal norma de moral claro es que sería lo más fácil del mundo ser bueno o ser malo.

Para Locke el bien y el mal, en último término se identifican con el placer y el dolor, siendo estos los únicos determinantes de nuestra voluntad en sus operaciones. Teoría tan monstruosa ni siquiera necesita refutación. Es, por otra parte, la misma de Hobbes de la cual ya nos hemos ocupado en anteriores artículos.

Mentira parece que seres racionales y a quienes dió Dios un entendimiento capaz de discurrir y de conocer la verdad hayan descendido tan bajo en el nivel de la moralidad, que nos coloquen en el mismo plano de las bestias.

El animal no tiene más regulador de sus actos, que el placer o el daño; todo aquello que le cause placer será bueno para él y lo realizará do quiera se encuentre, sin que le importe un ardite la presencia de otros seres que pudieran escandalizarse de sus actos; es que no tiene razón que le dicte que aquello que realiza aunque placentero para él no está en conformidad con dictámenes superiores a sus conveniencias; por el contrario aquello que repugne a sus instintos, a su cuerpo, lo rechazará sin que haya fuerza humana que le obligue a realizarlo; solo la fuerza logrará de él que ponga un acto que le causa dolor o pena.

Pero el hombre no es una bestia. En el hombre hay un destello de luz divina, destello que reconocieron ya los paganos griegos y romanos. Y esa lumbre divina, que llamamos inteligencia es la norma de nuestras acciones; según que estén o no estén conformes con esa norma serán buenas o malas. En su moralidad no influye el placer o la pena que causen. El sacrificio de una madre, que envía a su hijo a la guerra en defensa de la patria, lo calificamos de acto heroico y bueno, no obstante el dolor que causa al corazón materno el desprenderse de lo que tiene de más querido en el mundo. Todos por el contrario detestamos y abominamos del desercor que abandona su puesto en el momento de la lucha, para librarse del dolor que le pueden causar las balas.

Y con ser tan absurda la tesis sensualista de Locke y de otros anteriores y posteriores a él, no faltan jóvenes en nuestra sociedad que a ella ajustan su vida y que la han hecho norma de su obrar. ¡Baldón eterno para ellos!

No faltarán quienes se pregunten qué relaciones pueden tener los anteriores párrafos con la materia que venimos estudiando en estos artículos. Sepan los mal pensados que estas nociones eran de capital importancia para la recta comprensión de las ideas políticas de Locke, que son las que directamente nos importan y las que vamos buscando, para contrastarlas con las ideas cristianas sobre el origen del poder.

La sociedad civil es la agrupación de hombres bajo una autoridad en busca de un fin común. Según sea, pues, el concepto que se tenga del hombre tanto en su parte intelectual, como en su parte moral, que de aquella depende, así será el concepto que hayamos de formar del sistema político.

En el hombre todo está relacionado, encadenado, eslabonado, con un eslabonamiento, un encadenamiento y una relación perfecta. El orden moral es la fuente del orden político; y a su vez el orden intelectual es el basamento sobre que se alza el orden moral. Los que quieren edificar la inteligencia sobre la voluntad trastruecan el orden y lo invierten; los que niegan la razón tienen que negar el orden moral, y sin acciones morales la sociedad es un ente inútil y sin sociedad maldita la falta que nos hace el orden político, y sin él no hay poder y sería inútil el buscar su origen.

Y aquí ponemos punto final a estos escarceos filosóficos.

FILADELFO.